

en nombre de los mitos que reverencia la estulticia humana.

Barrer a los sembradores de las tristezas y afrentas de la Vida, a los que han hecho de ella una tragedia y un oprobio; desencadenando sobre la tierra la noche horrorosa de la superstición y la servidumbre, oscureciendo la región serena del ensueño, donde de-

ben irradiar las fulguraciones del ideal y las alegrías triunfales de la Vida.

Es que Sorelo sintió con el pensador genial... «la risa del relámpago creador que se engrandece al estampido de la acción».

CARLOS DEL BARZO

(Continuará).

Notas y recibos

De un banquete.—El año pasado celebraron su cincuentenario las dos revistas francesas «Azul» y «Rosada», *Revue Bleue* y *Revue Rose*, que tan a menudo citamos aquí. La azul es política y literaria. La rosada es puramente científica. Oigamos algunas de las palabras de MAURICIO DONNAY, literato universalmente conocido, y de GABRIEL LIPPMANN, presidente de la Academia de Ciencias, cuyo nombre, célebre ya entonces en la Sorbona, fué popularizado hace 20 años por el descubrimiento de la fotografía de los colores.

Comienza el azul: «Por una de esas intuiciones a que concede tanta importancia la filosofía nueva, sabía bien yo que, sin ser orador, me levantaría espontáneamente esta tarde para responder a vuestro Director». Desarrolla luego los siguientes pensamientos: «El Arte es una representación: nosotros no debemos pensar más que en representar. Y sólo la Ciencia puede juzgar la verdad de las representaciones del Arte» (Flaubert). «El Arte y la Ciencia, largo tiempo separados por esfuerzos divergentes de la inteligencia, deben tender, en adelante, a unirse, si no a confundirse» (Leconte de Lisle). Continúa después así: «A fines del siglo pasado, los sabios proseguían sus investigaciones con métodos tan seguros; las invenciones maravillosas, los descubrimientos magníficos se sucedían con tal generosidad; tantos velos eran descorridos, tantos secretos penetrados, que se pudo creer bien, un momento, que la Ciencia iba a revelar el gran secreto, y responder al último por qué y al último cómo. Precisa re-

conocerlo, señores rosados, con todo y haber el microscopio aumentado no sé cuántas veces el tamaño de la célula, la Ciencia permaneció muda ante lo Innominado, lo Inconocible y lo Infinito, y la frágil caña pensante continuó estremeciéndose en el espacio y en la eternidad. Fué sin duda éste el estremecimiento que se sintió a través del simbolismo. El clasicismo había durado siglo y medio, el romanticismo algo más de medio siglo, el naturalismo poco más de un cuarto, y el simbolismo duró unos 10 años: he ahí bastante para que debamos ser modestos nosotros también, los azules».— «Hoy, señores, no es fácil descubrir en la literatura moderna un agrupamiento bien definido, una escuela: todas las escuelas recorridas ejercen su influencia. Vemos así a diversos escritores buscar sus direcciones en el clasicismo, pedirle reglas de composición, razones de disciplina y aun medidas de orden. El verbalismo romántico, la teoría del arte por el arte, la impersonalidad naturalista, la impasibilidad parnasiana son cosas muertas; pero el individualismo, las confesiones, las confidencias reaparecen, sobre todo en los libros de las mujeres, y sabido es el lugar brillante que ellas ocupan en la literatura contemporánea. Ya no pedimos al autor, hombre o mujer, que sea impersonal e impasible, si tiene sensaciones y personalidad. Si su naturaleza, si sus dones le han puesto en el universo y en la sociedad como un instrumento admirablemente sensible, no exigimos que él esté ausente de su obra. Al contrario, queremos, curiosos, conocer cómo